

Estos son de Huemantzin los avisos
Que oye el pueblo tres veces cada luna;
Y, aunque de haber dejado las antiguas
Regiones presto hará cuatro centurias,

Que se aproxime tan funesto caso
Al comenzar mi historia nada anuncia;
Nada hay raro en las liebres ni en las aves,
Justo es el rey y las costumbres puras.

III.

Inventa Papantzin el pulque.—Xóchitl lo lleva al rey
y es detenida.

En Papantzin, por su mal,
Redobla industrioso empeño
El ya comenzado sueño
De la privanza real.

Y, tras conservas mejores
Que con la miel condimenta
Y cuyo mérito aumenta
En transparencia y sabores;

Queriendo agradar al rey
Más y más, con nuevo ardor

Estudia, y hace licor
Con el jugo del maguey.

Es cual leche alabastrina
El líquido fermentado,
Y al débil y desganado
Fortaleza y medicina.

Tal fué del pulque el invento,
Y así la historia lo dice
De la doncella infelice
Que da materia a mi cuento.

En una y otra vasija
Y con aseo y primor
Puestos dulces y licor,
Sale a llevarlos la hija.

Partió Xóchitl de mañana
Con ricos traje y pendientes,
Seguida de sus sirvientes
Y Tepenenetl la anciana.

Y atravesando el espacio
Que media, rumbo hacia el Norte,
Desde su feudo a la corte,
Llega a otro día al palacio.

Allí, no sin que detenga
Sus palabras el rubor,

Sirviendo al rey el licor,
Dice la estudiada arenga.

Como el fruto de la zarza
Negros los rasgados ojos,
Tez rosada, labios rojos,
Esbelto el cuello de garza;

Con flores entretrejida
La cabellera abundante
Y en broche de oro brillante
La capa al hombro prendida;

Mal los contornos recata
Del seno alzado y gentil
El blanquísimo huepil
Con campanillas de plata.

A sus gracias femeniles
Unen regalada esencia
El candor y la inocencia
De escasos diez y ocho abriles.

Tan conmovida y hermosa
Estaba en aquel momento
Como al halago del viento
Sobre su tallo la rosa.

Del rico invento admirada
Del noble sabio, la corte

Queda, y no menos del porte
De quien llevó la embajada.

Y el rey, perdiendo en mal hora
La probidad y el sosiego,
Con ojos como de fuego
Sus atractivos devora.

A la comitiva llama
Y entrega valiosos dones,
Encargando estas razones
Para Papantzin al ama:

—«Mucho tu saber abarca;
Las nuevas señales dello
A la amistad ponen sello
Que te dispensa el monarca.

«Para cumplir la promesa
Que en la efusión de su agrado
A ti le dejó ligado
Y está en su memoria impresa,

«Hará que ilustres señoras
De Xóchitl, que allá se queda,
Porque más honrarte pueda,
Se encarguen cual preceptoras.

«Rara ocasión la fortuna
Así de adquirir la ofrece

La educación que merece
Por su beldad y su cuna.»

Tal discurso al escuchar
Contúrbase la doncella,
Vacila el ama y de aquélla
Va la opinión a explorar.

Mas a lo que el rey dispone,
Aunque asaz inoportuno
Sea, vasallo ninguno
En su presencia se opone.

Con inquietud inaudita
Que en mil temores se inflama,
De allí a poco partió el ama;
Xóchitl en palacio habita.

¿Qué será del lirio ufano
Si la tempestad asoma?
¿Qué va a ser de la paloma
En las garras del milano?

IV

Angustia de los padres de Xóchitl.--Nacimiento de
Meconetzin.

Solos viendo a sus criados
De allí a tres días volver
Y oyendo cuanto le dice
Turbada Tepenenetl,
Una y mil veces maldijo
Papantzin la candidez
Con que de prestarse acaba
A los caprichos del rey;
Y en duda y sospecha horrible
En unión de su mujer
Que la inesperada ausencia
Llora del amado bien,
Aguarda que luz el tiempo
Y desengaño le dé
Acerca de aquello mismo
Que se resiste a creer.

Rico presente de oro,
Perlas, corales, carey
Y lienzos finos que esmaltan
Mezclados colores, cien,
Recibe y este recado

De su monarca, a la vez:
 «De salud goza en la corte
 Xóchitl, y en ella está bien,
 Como en los aires el ave,
 Como en las ondas el pez;
 Mas quiere tener al ama
 Consigo; ya lo sabéis.»

Partió con los mensajeros
 A Tula Tepenenetl
 Y, no bien llega al palacio
 Y abraza a Xóchitl, el rey
 Hízolas llevar a Palpan
 Con sigilo y rapidez
 Y de noche porque nadie
 Su translación pueda ver.
 Palpan era pueblecillo
 De un cerro tendido al pie,
 Y en la cima, en vasta casa
 Con gusto y esplendidez
 Adornada, y que parece
 Por sus jardines edén;
 Al pensamiento servida,
 Su voluntad siendo ley,
 Queda Xóchitl sin más traba
 (Aunque soportable a fe)
 Que la de no pasar nunca
 De su mansión el dintel.
 Manda el señor que las puertas
 A los extraños estén

Cerradas y que se abran
 Solamente para él.
 Pone guardias en contorno
 Que el paso atajen a quien
 El interior desde afuera
 Pretenda observar tal vez.
 Y a la hermosa que al monarca
 Rendido a sus plantas ve,
 Romper un punto no es dable
 De su aislamiento la red.

¡Qué de veces silenciosa
 Sin más compañero fiel
 Que el lucero de la tarde,
 La noche estando al caer,
 Pensó en los serenos días
 De su dichosa niñez,
 Y en el hogar a que faltan
 Con ella luz y joyel,
 Y en los ancianos llorosos
 A quienes ya no ha de ver!
 O con los ojos siguiendo
 Del ancho cielo al través
 O del musgo en la esmeralda
 Ave o fuente, quiso ser,
 Su libre curso envidiando,
 Ave y arroyo también!

De haber arribado a Palpan
 Como diez lunas después,

Tuvo un niño que en sus brazos
 Ufano recibe el rey.
 Como el vellón del cordero
 Crespo su cabello es;
 Si al verle recuerda el padre
 Las predicciones, no se.
 Y sólo dice la historia
 Que halló su traslado en él
 Y Meconetzin llamóle,
 «Tierno fruto del maguey.»

V

Papantzin tiene una entrevista con su hija.

Tres años contaban de dudas y angustia
 Los padres de Xóchitl que ignoran do está:
 La madre en su casa consúmese mustia;
 Papantzin inquiera, ya viene, ya va.

Por dicha descubre que en Palpan su hija
 Del cerro en la cumbre fastosa mansión
 Habita, y discurre su astucia prolija
 Disfraz que le traiga de hablarla ocasión.

Rapóse el cabello, pintóse la cara
 Y en traje grosero, cual de un labrador,
 Fingiéndose cojo, se apoya en su vara;
 Vendiendo unas flores al pueblo llegó.

Comprar otras quiere, y al viejo hortelano
 Que cuida de Xóchitl el mismo jardín,
 Acude a pedir las resuelto, y no en vano;
 Las puertas guardadas abriéronle al fin.

Sudábale el rostro, su pecho latía —
 Con fuerza; no puede tenerse ya en pie;
 Mas pronto recobra vigor y osadía
 Con un niño en brazos a Xóchitl al ver.

El niño, su imagen mirando en la fuente,
 Las palmas batía con gozo infantil:
 Con gracias y halagos en vano es que intente
 Hacer a la joven callada reir;

Pues ella los ojos clavó distraída
 Del agua en el lecho de arena y coral:
 Tal vez la entristece llevar esa vida;
 Pensando en sus padres se abisma quizá!

Un punto se aleja de allí el jardinero,
 Y entonces Papantzin, que aquesto aguardó,
 Acércase a Xóchitl con paso ligero;
 La joven se asusta.— «No temas; soy yo.

«¡Oh dicha anhelada! Mas dime hija mía,
 El rey en su odioso capricho fatal
 ¿Te trajo a educarte según ofrecía,
 O niños ajenos te puso a cuidar?»